

EL
EQUIPO “CLARABOYA”
Y
LA POESÍA DIALÉCTICA

La colección de poesía “El Bardo” es una de las más significativas dentro de la poesía española de posguerra, y la que ha mostrado una mayor regularidad, después de la casi tres veces centenaria “Adonais”. “El Bardo” ha mantenido una línea de interés muy relevante y ha aportado a nuestro panorama poético novedades dignas de mención; algunas, digámoslo en honor a la verdad, demasiado apresuradas o poco consistentes. Pero ese es un riesgo que hemos de correr si queremos dejar la cuneta, o si pretendemos no ser arrastrados por la oleada de confusionismo que parece amenazar con más fuerza cada vez.

Ahora, después de un silencio no muy largo, pero sí inquietante, ha querido dar fe de su labor continuada y eficaz con un libro como este que intentamos comentar (1). Se trata de una especie de *profesión de fe* poética (no me atrevería a llamarlo *manifiesto*), acompañada de una muestra abundante de lo que sus autores hacen. El libro, que se presentó en Madrid, en olor de expectación (Alfonso Sastre ofició como maestro de ceremonias), más que importante me parece sintomático. Síntoma de una vuelta a revisar los *por qué*s de esta poesía nuestra tan achacosa, tan dejada de la mano últimamente, oscurecida ante tanto “boom”, ante tanta “gauche divine”, ante tanta “ceremonia de la confusión”. Síntoma de la presencia de un grupo importante como es el de estos poetas leoneses que pecharon, allá por los primeros años sesenta, con la tarea nada fácil de crear un frente poético serio y nada mimético; con la idea de observar la poesía española como un todo en movimiento que necesitaba aire nuevo y, sobre todo, una gran dosis de personalidad. “Claraboya” —recuerdo mis años universitarios de Madrid— dio al traste con el apego excesivo y obsesivo que se tenía por la *poesía social* al uso, llamando la atención hacia aquellos otros escritores que proponían una poesía de mayores dimensiones, y más integradora de todo lo que significase investigación en formas y razones. Aquellos poetas que se agruparon en torno a la colección “Colliure”, de Barcelona, y a la ya clásica antología “Poesía última” (2), en Madrid, y que siguen manteniendo, siquiera en intensidad y dimensión, ya que no en continuidad (3), el lugar que dentro del panorama de las letras españolas de posguerra merecen por derecho propio. “Claraboya”, como tantas otras revistas empeñadas en empresas tan ambiciosas tuvo una corta existencia. Corta existencia que, sin embargo, dejó honda huella en la poesía posterior.

A tres años vista de aquella desaparición (febrero, 1968), y ante una serie de acontecimientos vividos por la última poesía española, parece que el equipo “Claraboya” se ha

visto en el deber de volver a hacer frente “al esquematismo con que la generación de los años 50 corseteó la materia poética y redujo su lenguaje”; a la “poesía experimental que se nutre de esteticismo gratuito”; al “neodecadentismo que utilizando lo más externo del surrealismo reniega del sentido revolucionario de aquel al crear exclusivamente productos de consumo”: “a la poesía narrativa mecanicista”. Proponiendo como *camino de perfección* una reflexión en torno a lo que explican ha de ser una poesía dialéctica, amparándose en las teorías del checo Karel Kosik, pero siempre con el decidido empeño de alejarse lo más posible de cualquier dogmatismo o fetichismo, a lo que estamos tan acostumbrados. Su acción, sin lugar a dudas, es fulminante. Entran a saco con todo lo hasta ahora vigente en poesía de posguerra, no en cuanto a calidades, pero sí en cuanto a actitudes. Se instalan en una postura crítica tendente a reforzar la unidad del hecho creador como “expansión del desarrollo y realización de la relación sujeto-objeto”.

Naturalmente, a la vista de esta esquemática exposición de principios (y recomendando al lector la atenta lectura de la primera parte del libro), se entenderá inmediatamente que los propósitos son ambiciosos, las intenciones demasiado abarcadoras y que dar fe viva de todo aquello puede suponer una gran dificultad, cuando no una trampa peligrosa en la que se puede caer con facilidad. ¿Es este el caso de Agustín Delgado, Luis Mateo Díez, Angel Fierro y José Antonio Llamas? Veamos.

Alfonso Sastre, en la presentación ya mencionada, hablaba de que “los procesos en el mundo cultural no empiezan y terminan de una manera tan nítida”; de que “no acabó la poesía social y comenzó el nuevo intimismo, y al fin de esto irrumpe la poesía dialéctica”, afirmando textualmente que “*hay mucho más en común de lo que parece entre vosotros y los demás*” (4). Y así es, en realidad. No hace falta ser un muy entendido crítico para comprender que en la poesía de estos escritores leoneses, dentro de su eficacia y dentro de su singular tratamiento del poema, habita, a modo de soterraña conciencia, algo que les ata bien sólidamente a las formas y postulados que ponen en cuestión. ¿Es esto malo? Yo creo que no. Lo que sucede entonces, en tal caso, es que este libro, en el que “El Bardo” ha recogido la segunda salida del equipo “Claraboya” al campo de nuestra poesía contemporánea, se encuentra falto de unidad, desprovisto de cohesión entre sus dos partes, *teoría y poemas*.

La ironía directa, incisiva; la narración crítica de Agustín Delgado (León, 1942), siempre a partir de hechos concretos, de situaciones fijas y tipificadoras, no está evidentemente, en consonancia con la densidad estructural que se propone en la introducción.

*Hay que ser las señoritas
las de San Sebastián sin ir más lejos
con sus cuellecitos de piqué recién
con su poquito de mala leche cuando se levantaban
con sus pastillas para crecer las tetas
y aquellos anuncios del Blanco y Negro
que mira que tenían gracia
y estas niñas
venga a hacerse, a ponerse los rulos
venga a quitarse los rulos
venga a dar la lata a la doncella
y venga a mirarse en la Raquel Meller
como gansas
hay que ver.*

Incluso, en ciertos momentos, la evocación sentimental podemos decir que lo traiciona:

*Desearía ahora acometer
la tarea de los viejos héroes de las islas
que un día de lluvia
salieron a la orilla del mar
vaciaron los sótanos de ron de los barcos piratas
y descubrieron tu nombre, Cora,
ya para siempre mío en las horas perdidas.*

o el poner en cuestión los nuevos mitos (cinematográficos, por ejemplo) ¿no lo une a tantos y tantos poetas neodecadentistas, como ellos dicen?:

¿Quién es Sugar Colt?

*Pista número uno:
me llaman Tom Cooper
y dicen
que mis gafas de pincer-nez
me dan un aire doctoral
a la vez tímido e inofensivo.*

¿No nos pone en la pista de la más destacada *poesía social*, ese camino epigramático, más corrosivo, más lleno de segunda intención que vemos en Luis Mateo Díez (León, 1943)? ¿No estamos abundando en el esquema obligado de una *poesía social*, con todos sus predicamentos, incluso expresivos?:

*Porque, señores míos, son ustedes
tenaces con la lluvia
y no se dan cuenta
de que llueve sobre mojado
desde el mismo día en que tuvimos
uso de razón.*

Frente a la mayor. evocación sentimental del primero. Díez recurre a una más punzante agresividad que se somete con más rigor a los postulados que el equipo hace suyos (“Nosotros buscamos, a través de la sintaxis, transmitir violencia a la conciencia del lector” (5)).

Angel Fierro (León, 1942) es el poeta de la cotidianidad alienadora. Sus poemas son una constante reflexión interior, pero siempre referida al tú, de la intimidad cotidiana que, en cierto sentido, anula al individuo progresiva y cruelmente. Su filiación celayana me parece evidente:

*Cuando rendido y agotado en la noche
he cuadrado los apuntes contables dejo las estadísticas
los estudios los índices de rendimiento apago
el alto fluorescente encierro toda
la desidia del día en el cajón, la cierta
delicia de un vino o una mujer
saber que esta noche te tendré a mi lado.*

José A. Llamas (León, 1942) es el desmitificador del verbo. El expurgador del verdadero sentido de las palabras claves de una vida llena de hipocresías, vacua retórica o dulces intenciones que esconden, tras la máscara de la apariencia, una verdad bien distinta y casi siempre peligrosa. Sin embargo, ¿no son sus fórmulas bastante simples y esquemáticas, no estamos oyendo quizá a tantos y tantos poetas *sociales*, o menos *sociales*, intimistas, neodecadentistas o narradores mecanicistas?

*Ya han encendido el puro y el televisor
y son felices
porque ignoran lo que pasa
por las calles. Ya se acabó. Y qué bonito
el ajuar que está bordando
la “nena”. Y qué bonito todo. Y qué bonito sería
el fondo del mar
si estuviera lleno de burgueses.*

No sé si el lector sacará de estas palabras mías una impresión negativa de los propósitos enumerados en este libro, o de la actitud poética del equipo “Claraboya”. En cualquier caso, quiero dejar bien patente que no ha sido ese mi propósito. Siempre he propugnado

una crítica que haga luz donde haya confusión, que clarifique propuestas, que sea capaz de inscribir lo que analiza en un proceso histórico real y cercano. Mis palabras no son un veredicto, libreme Dios. Sino muy simplemente una visión inquiridora frente a la propuesta que estos poetas leoneses nos hacen. Tampoco pretender arrumbar en el olvido, o considerar inoperante, la labor de unos poetas que son muy interesantes. Y no sólo por sus poemas, sino por su demostrada, continuada y consciente labor en el campo de la investigación poética. Si quieren dejar constancia, sin embargo, de la dificultad que entraña este compromiso que ellos han contraído con la nueva poesía española, que necesita, esto me parece cada vez más evidente e imprescindible, de una asepsia que deje al descubierto una personalidad firme y, sobre todo, la limpie de tanta bambolla enmascaradora, de tanta incómoda maleza, y la deje avanzar y transformarse en cuanto a actitudes, propósitos y, por encima de todo, en cuanto a su lenguaje y estructura se refiere.

Batallas como la presente, se ganen o se pierdan, son las que conducen, indefectiblemente, a donde se quiere llegar. Esperemos que la presencia del equipo "Claraboya" sirva de algo, aunque me temo —y no por ellos— que las cosas sigan como siempre. Ojalá me equivoque.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

(1).—Delgado, Díez, Fierro, Llamas. "Equipo CLARABOYA: teoría y poemas". Ed. Saturno. Col. "El Bardo". Barcelona, 1971. 139 págs.

(2).—Francisco Ribes. "Poesía última" (antología). Ed. Taurus. Col. Temas de España. Madrid, 1963. 187 págs.

(3).—Ultimamente se hace patente un cierto retraimiento, por parte de estos poetas, a publicar nuevas entregas (incluso han declarado en ocasiones su intención), y se ha venido casi a confinar esta actitud con la publicación de la obra completa de Claudio Rodríguez o Eladio Cabañero; o —hace más tiempo— con el desarrollo de la obra de José A. Valente cuyas entregas se nutrían la mayor parte de las veces, con poemas que enlazaban con sus libros anteriores. Al menos, el trabajo de todos estos poetas, no se ha patentizado en publicaciones de continuidad notable, como sucedió entre los años 60-65, aproximadamente.

(4).—Juby Bustamante. "Manifiesto de la poesía dialéctica". MADRID, diario de la tarde. 19-5-71.

(5).—Id. id.